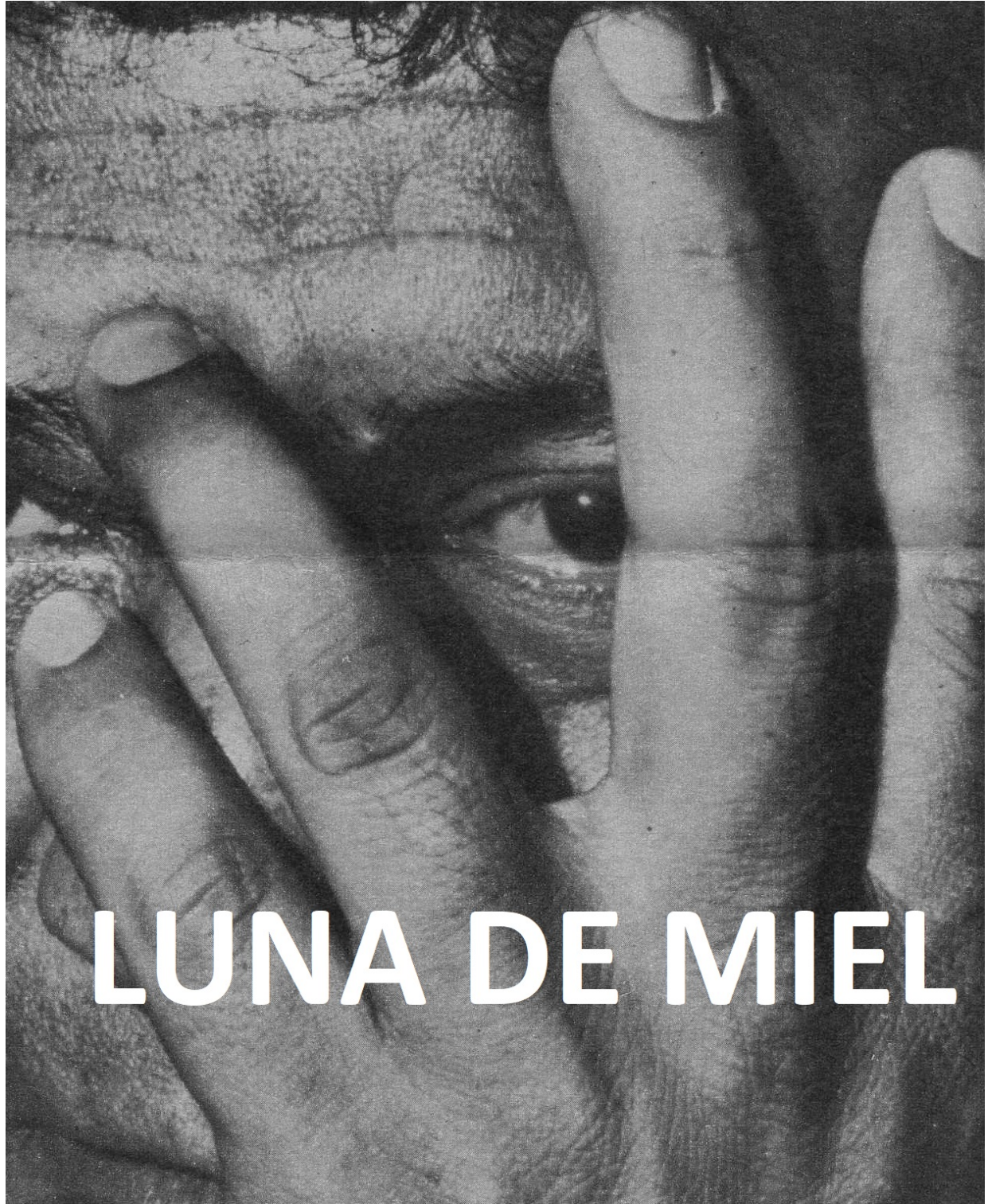


Luna de Miel

Juan Sierra



Capítulo 1

Caen las tijeras al suelo, y es el único sonido que se escucha. La mano derecha permanece abierta, la izquierda rígida. Su boca se entreabre, inhala una gran cantidad de aire y la comprime en su pecho; allí la mantiene, intentando oxigenar el cerebro. Todo es silencio, un plano congelado, no vuela una mosca.

— Señor, ¿Está todo bien ahí adentro?

Su cuerpo se mantiene tieso, su espalda yerta, como el mármol; no hay ninguna contracción muscular, está atónito, hipnotizado, en trance.

— Señor, necesito que abra, se escucharon gritos muy fuertes, los demás clientes están preocupados.

Camina dos pasos hacia atrás, gira levemente su cuello, un sutil movimiento de arqueo para observa toda la escena. Levanta la mirada y ve su propio rostro, a lo lejos, en el espejo: pálido, con los ojos bien abiertos y la boca que aún no puede juntar los labios para cerrar completamente. Tras la primera gota de sudor que corre por su frente, comienza a sentir de nuevo, poco a poco, como si lentamente volviera en sí. Se apodera de él un frío terrible, y un terror que recorre toda su espina dorsal.

— Señor, señora, alguno abra la puerta, o avisaremos a las autoridades. Por fin parpadea, y este movimiento es como el impulso de un choque eléctrico que estremece su cuerpo, lo altera y lo regresa a la realidad, exhalando finalmente todo el aire retenido. Contempla la habitación con espanto, como si no tuviera la menor idea de cómo llegó hasta ahí; como su hubiese sido escupido por la tierra en un espacio y tiempo aleatorio. Observa la cama desordenada con violencia, la división de la ducha rota, recuerda el objeto contundente arrojado contra aquel cristal, hay restos de vidrios a su alrededor. De golpe sus ojos advierten sangre en todos los rincones, en las paredes y en el suelo; eso hace que sus ochenta y dos kilos caigan como un yunque sobre una silla junto a la cama.

— Abran, sabemos que están ahí. Alguno responda ¡Por favor!

El terror se apodera de él, la respiración se agita severamente, su boca intenta aspirar el aire como si se le escapara, siente que se le cierra la garganta, su corazón bombea con fuerza, está por salirse de su pecho; escucha el compás de un golpe seco retumbando en sus oídos, un martillo contra un clavo perforando su cráneo: "TAC - TAC - TAC - TAC", no se cansa, no se detiene, es un sonido reiterado que se apodera de su cordura.

— Señor, abra la puerta. Necesitamos saber que este todo en orden ahí adentro.

TAC - TAC - TAC - TAC, nuevamente en su cabeza, resonando, parece un metrónomo, las manecillas de un reloj.

Sentado y asimilando lo sucedido, se pasa su mano derecha por sus ojos, percibe por fin el cansancio y la angustia. Se da cuenta que también su mano esta bañada en sangre y que ha dejado una marca en su rostro. Se mira las dos manos y ve como tiemblan, son ingobernables, un tiritar

desesperante. Abre las manos para enfocar el suelo, y entonces lo ve, ahí tirado, totalmente quieto, con los ojos entreabiertos; ve el cuerpo de una mujer llena de sangre en su vestido blanco, con las extremidades torcidas, y un gesto de horror aun impreso en su rostro.

— Señores, abran la maldita puerta, la policía ya está en camino.

TAC - TAC - TAC - TAC

— Les pedimos que abran la puerta -grita desde afuera otra voz.

Mira hacia el techo, vuelve a respirar profundamente para controlar sus nervios, cierra las manos y comienza a golpearse la frente con la parte interior de su puño cerrado. Se mira así mismo, mira su cuerpo desconcertadamente y asume la realidad que lo envuelve, su traje está estropeado, su camisa rasgada en el cuello, comienza a sentir dolores en su boca y se percata del sabor a sangre en su lengua. Se mira las manos por última vez, les da vuelta y ve los nudillos raídos e inflamados. Se rasca la cabeza con desespero, usa el mismo movimiento para refregarse el rostro y busca alguna explicación coherente.

TAC - TAC - TAC - TAC -en su cabeza

— Abran la puerta o nos veremos obligados a forzar la cerradura

TAC - TAC - TAC - TAC

Sus rodillas se flexionan para acercarse al cuerpo tendido sin vida, lo toma en sus brazos, hay cortadas profundas en su rostro, de su nariz quebrada nacen dos ríos de sangre ya seca, de su boca fluye también un caudal que llega hasta los lóbulos de sus orejas, hay moretones en sus pómulos, su pelo está bañado en plasma, los ojos blancos brotan de su rostro, es una imagen de brutalidad pura. Le sacude la cabeza, da bofetadas en sus mejillas esperando ver alguna reacción, pero el cuerpo sigue inerte.

TAC - TAC - TAC - TAC -no se detiene.

La sacude con más fuerza esta vez, con desespero, la agita con severidad, comienza un llanto de angustia que nace en su nariz y se propaga por su garganta, hasta alcanzar su pecho, alterando y conmocionando más su respiración. Zarandea el cuerpo de la mujer agarrándola por el vestido, desgarrar la tela y continúa esta frenética acción tomándola por los hombros, la golpea contra el piso salvajemente, en un acto de desespero absoluto.

— Abran, abran es una orden, la policía ya está acá

TAC - TAC - TAC - TAC -cada vez con mayor violencia.

El desespero en él se incrementa a la misma velocidad en que sacude el cuerpo, hasta que siente un estallido de impotencia, arroja el cuerpo a lo lejos y se detiene. Observa a la mujer inmóvil y se sienta sobre el suelo; sus codos se apoyan en sus rodillas, se tapa la cara con sus manos y deja por fin que el llanto fluya en todo su esplendor. Es un llanto que viene de su estómago y brota por la nariz, lleno de suspiros y alientos que alivian la angustia y la hacen un poco más llevadera.

— Esta es la última advertencia, abriremos la puerta.

Se escucha el movimiento brusco de la cerradura haciendo fricción en la puerta. El hombre quita las manos de su rostro, se calma un poco, se levanta y camina hacia la salida. Se detiene dos metros antes, se gira en su eje para contemplar la habitación destrozada, arrasada por un

vendaval: las copas de champagne rotas en el piso, el teléfono sonando, sangre en las cortinas y alfombra. Luego mira hacia el rincón donde había arrojado a la mujer, pero el cuerpo ya no está allí: había desaparecido. La respiración vuelve a agitarse, el corazón vuelve a explotar, su pecho es un tímpano de hielo; tiembla, el cuerpo no está más. Escucha el sonido de una llave introduciéndose en la cerradura, vuelve a girarse, dominado por el terror, con destino a la salida, y la encuentra ahí, parada enfrente suyo, entre él y la puerta, mirándolo fijamente a los ojos, pálida y fría, con la sangre y los moretones aun en su rostro, con los huecos en el vestido lleno de sangre, a la altura de su abdomen, ocasionados por las tijeras que se habían caído de sus manos.

— De esta no te me vas a escapar también -le dijo ella con una voz terrorífica, mientras lo tomaba por las muñecas.

Se escuchó un solo grito por el pasillo, la puerta se abrió, y antes que los guardias y policías pusieran un pie dentro de la habitación, un ejército con miles de polillas abandonó la recámara nupcial.